

GARCÍA, R.; PÉREZ, C. y ESCÁMEZ, J. (2009)
La educación ética en la familia. Bilbao, Desclée.

La realidad privilegiada y originaria en la que las personas nacen, aprenden inicialmente a resolver los problemas de la vida, desarrollan el núcleo básico de sus convicciones, de sus emociones y de sus conductas es la familia. El libro trata el tema de la familia como espacio de socialización primario, y que ofrece un escenario privilegiado para iniciarse en el proceso de individuación y construcción de la propia narrativa vital como sujeto agente. Las familias, pese a las diferencias que hay entre unas y otras, por razones culturales o de otro tipo, son un espacio educativo en sí mismo y presupuesto de todo otro espacio educativo. En la familia se aprenden las modalidades originarias con las que las personas se perciben a sí mismas, con las que se relacionan con las otras personas y con las que interpretan el medio cultural. A mi juicio, a pesar de que la familia es el primer y más básico espacio de construcción personal, no ha recibido la suficiente atención en el ámbito académico por considerarse un asunto no concerniente al espacio público de discusión; por eso, este libro es relevante e innovador.

El libro presenta a la familia como agente de educación ética que se preocupa por desarrollar la autonomía o libertad, el respeto a las reglas, la tolerancia, la aceptación de la diversidad, la responsabilidad social y moral, la participación en la mejora de la sociedad, la búsqueda y el trabajo por el bien común. Invita a los padres a actuar a modo de escaparate de valores éticos;

contrarios a los que la sociedad pueda dictar a través de modos de vivir y hacer individualistas y no solidarios. Se plantea así que la función esencial de las familias debe ser educar a sus hijos e hijas para que sean autónomos, emocionalmente equilibrados, capaces de establecer vínculos afectivos satisfactorios y, también, ciudadanos responsables. El libro se estructura en cinco capítulos: la familia y la construcción de la identidad personal, la familia como agente de educación ética, la familia y el desarrollo de la autonomía ética, la familia y el desarrollo de la responsabilidad ética, y la familia y el aprendizaje de la convivencia.

Los autores del libro –los profesores de la Universidad de Valencia Rafaela García, Cruz Pérez y Juan Escámez– defienden que la construcción de la identidad personal es un proceso dialéctico entre la presión socializadora y la necesidad de individuación. Para construir la propia identidad como «persona diferenciada» se necesita de un contexto cultural y afectivo concreto, que le proporcione un repertorio de patrones simbólicos y normativos. Al nacer, los seres humanos frágiles y vulnerables necesitamos de la familia para satisfacer no sólo las necesidades más inmediatas, sino también la necesidad de un universo simbólico que da sentido a nuestras experiencias individuales y colectivas.

Plantean que las familias, como educadoras del sentido de ciudadanía, deben abrirse a la sociedad; no encerrarse en sí mismas, de manera que el mundo exterior interese y preocupe a todos sus miembros y que no sea percibido ni con temor ni con desencanto.

Para desarrollar el sentido de ciudadanía en los hijos, proponen que los padres democratizen las relaciones familiares, dediquen tiempo a los hijos, enseñen valores éticos y mejoren los estilos comunicativos. Estas funciones se plantean como responsabilidad tanto de las madres como de los padres: las mujeres ya no han de ser las únicas encargadas de la gestión de la cotidianidad en el interior del hogar, ni los varones los únicos proveedores de recursos materiales. Defienden que ambos progenitores han de responsabilizarse de la educación de sus hijos.

Parten de la convicción de que cada miembro de la familia tiene que desarrollar su autonomía, su proyecto de vida personal, el tipo de vida que quiere vivir porque le merece la pena. Para los autores la autonomía personal no significa otra cosa que regirse por el propio pensamiento y por las propias decisiones en los asuntos que a uno le conciernen o le importan. La identidad de cada persona se va configurando con lo que cada uno va decidiendo hacer, en las circunstancias y en las condiciones concretas con las que se enfrenta; además de lo recibido de la herencia genética y de la cultura familiar y social a la que pertenece. Son conscientes de que el contexto familiar puede ser o bien un ámbito propicio para el desarrollo de la autonomía ética o bien un riesgo para la misma.

Plantean varias razones para tomarse en serio el desarrollo de la autonomía ética de cada uno de los miembros de la familia: el reconocimiento de la dignidad humana y rechazo de toda clase de instrumentalización o violencia;

el reconocimiento de que la autonomía ética genera compromiso personal con los demás; y el reconocimiento de que su desarrollo va directamente centrado al proceso educativo de hacerse a sí mismo. Para los padres que deseen promover en sus hijos e hijas la autonomía ética, ofrecen varias estrategias educativas relacionadas con la enseñanza de valores éticos, la autoridad de los padres, el fomento del pensamiento crítico, el aprendizaje del autocontrol, el uso de normas y el dialogo y convivencia democrática.

Los padres que se toman en serio la autonomía o señorío sobre uno mismo quieren que sus hijos e hijas se echen la vida a la espalda y sean capaces de decidir qué camino tomar y a dónde se dirigen. Las familias que educan a sus hijos en la responsabilidad ética desarrollan ciertas prácticas sociales como el respeto a la naturaleza y el desarrollo sostenible, la actitud positiva hacia la cooperación internacional, el consumo justo, la participación de los hijos en servicios voluntarios, la comunicación deliberativa en las relaciones familiares y la participación en la sociedad civil.

Defienden la idea de que las sociedades democráticas necesitan de familias democráticas en las que imperen valores como la igualdad y la responsabilidad compartida. Las familias que promocionan la autodirección empática y prosocial se caracterizan sobre todo por lo saludable de sus relaciones interpersonales y la fluidez comunicativa entre sus miembros. Para facilitar una convivencia positiva en el seno familiar, proponen experiencias de comunicación, negociación, resolución

de conflictos y búsqueda compartida de soluciones. Además, del uso democrático de la disciplina como marco de referencia que da seguridad a los hijos e hijas, y proporciona las claves fundamentales para saber qué es lo que se espera de uno y cómo se ha de hacer. Corregir, alabar, establecer normas, tener expectativas positivas hacia los hijos supone transmitirles el mensaje subyacente de que nos importan y nos preocupamos por ellos; además de facilitar su propia autorregulación y capacidad de autonomía ética.

En definitiva, se trata de un libro con una exquisita sensibilidad por las relaciones familiares y el papel de las mismas en la construcción de la autonomía ética; y que aporta, además, un amplio rango de estrategias pedagógicas prácticas y útiles. Nos hallamos frente a una obra pedagógica de gran interés que reconoce que la dimensión ética de la identidad personal se enseña en la familia a través de un clima ético que facilite las relaciones de afecto y cuidado, sea respetuoso con la dignidad y la autonomía de cada miembro de la familia, sea abierto y comprometido con el bien de la sociedad civil, sea solidario con la comunidad humana y sea diligente en la conservación de la naturaleza. Una obra que eleva a categoría académica –y por tanto, susceptible de interpelación pública– el ámbito privado de la familia, el cuidado y la construcción personal de la propia identidad.

Victoria Vázquez Verdera